

poema de Jorge Manrique, que no sé si Borges sentiría vagar por su memoria. Doy el soneto entero:

Somos el tiempo. Somos la famosa  
parábola de Heráclito el Oscuro.  
Somos el agua, no el diamante duro,  
la que se pierde, no la que reposa.  
Somos el río y somos aquel griego  
que se mira en el río. Su reflejo  
cambia en el agua del cambiante espejo,  
en el cristal que cambia como el fuego.  
Somos el vano río prefijado,  
rumbo a su mar. La sombra lo ha cercado.  
Todo nos dijo adiós. Todo se aleja.  
La memoria no acuña su moneda.  
Y sin embargo hay algo que se queda.  
Y sin embargo hay algo que se queja.

También aquí hay como un presentimiento de la muerte, que sombrea las aguas del río. El poeta ha desarrollado la imagen. El río tienen un curso «prefijado». La memoria no puede detener la vida, «no acuña su moneda». No hay consuelo religioso en la poesía de Borges. Sin embargo, «hay algo que se queda» y «que se queja» de ese deslizarse por el tiempo.

Ya en «Nueva refutación del tiempo» —en *Otras inquisiciones* (1952)— había escrito Borges:

...Cada vez que recuerdo el fragmento 91 de Heráclito: *No bajarás dos veces el mismo río*, admiro su destreza dialéctica, pues la facilidad con que aceptamos el primer sentido («el río es otro») nos impone clandestinamente el segundo («Soy otro») y nos concede la ilusión de haberlo inventado».

Ya en un poema de *Fervor de Buenos Aires* (1923), encontramos la advertencia de que «somos las gotas del río de Heráclito». Desde esta primera alusión al soneto citado antes de «Somos los ríos» en *Los conjurados* han pasado más de sesenta años. En el primero y en el último de los libros de Borges está Heráclito, con su río, hecho de agua y tiempo.

Pero, a lo largo de todos sus libros, Borges —que conocía bien a los presocráticos, y cita a otros, como Parménides, Empédocles, Pitágoras, Zenón, Anaxágoras y Demócrito, e incluso, a algunos de los editores y comentaristas modernos, como O. Gigon, T. Gomperz, J. Burnet o R. Mondolfo, sólo se ha interesado por ese fragmento —el 91— del Oscuro Efesio. «La lapidaria fórmula: *Todo fluye* abrevia en dos palabras la filosofía de Heráclito», había escrito Borges en un interesantísimo ensayo de *Otras inquisiciones* («Nota sobre (hacia) Bernard Shaw»).

## Otros filósofos griegos

En cuanto a las menciones de otros filósofos griegos, advertimos que también están citados en torno a un tema o una imagen recurrente —Zenón y Parménides en su

<sup>14b</sup> En Borges oral (*Buenos Aires, 1979; pero cito por la 4.ª ed. de ed. Brujuna, Barcelona, 1985, págs. 31-32*) hay unas líneas muy interesantes al respecto, que comienzan:

«El texto más patético de toda la filosofía —sin proponérselo— es el Fedón platónico». A continuación, Borges rememora esa escena de la muerte de Sócrates y la frase en que Platón dice:

«Platón, creo, estaba enfermo». (cf. también pág. 40). En el mismo texto, unos párrafos después, se refiere a la ceguera de Demócrito (según una anécdota que podemos considerar apócrifa). En estas charlas encontramos nuevas alusiones a Heráclito y su río (págs. 25, 93 y 105) y a otro texto clásico: *De rerum naturae* de Lucrecio, que releyó esos días y apreciaba mucho. (Ver págs. 40-41).

«Lástima que yo no sepa bastante latín como para recordar sus hermosos versos, que he leído en estos días con la ayuda de un diccionario». En Borges oral se recogen las cinco conferencias que el escritor dio en la Universidad de Belgrano en 1978. Es decir, algo después de haber compuesto los poemas de *La moneda de hierro* e *Historia de la noche*. No es raro encontrar coincidencias entre algunos poemas de esos libros y los temas y tonos de sus charlas.

«refutación del movimiento», Pitágoras por «el tiempo circular», Sócrates por su muerte ejemplar—. Un lugar destacado merecen tanto Platón (citado 53 veces y en 24 libros) y Plotino (17 veces y 11 libros). Considerando todas esas alusiones y reflexiones de Borges, percibimos la gran influencia que ejerció sobre su formación la figura de su padre. De él parece haber heredado el escepticismo y el interés por las paradojas de Zenón; de él una ambigua admiración por el idealismo platónico y neoplatónico.

A ésta se añade luego el interés por algún otro aspecto de la obra platónica: por las etimologías del *Crátilo* y su teoría del lenguaje. Más tardía es la admiración por la muerte de Sócrates, recordada con moroso detalle en el primer poema de *La moneda de hierro*, pero aludida en otros varios. La escena recordada es la que Platón imagina en su *Fedón*<sup>14b</sup>:

Que no daría yo por la memoria  
De haber oído a Sócrates  
Que, en la tarde de la cicuta,  
Examinó serenamente el problema  
De la inmortalidad,  
Alternando los mitos y las razones  
Mientras la muerte azul iba subiendo  
Desde los pies ya fríos.

Esa escena es la recordada, unida a otra no menos memorable y decisiva, entre «las cosas que pudieron ser y no fueron» —en *Historia de la noche— Things that might have been*:

La historia sin la tarde de la Cruz y la tarde de la cicuta.  
La historia sin el rostro de Helena.

Plotino y sus *Enéadas* están aludidos en *La cira* («Beppo»):

Me digo que esos gatos armoniosos,  
El de cristal y el de caliente sangre,  
Son simulacros que concede al tiempo  
Un arquetipo eterno. Así lo afirma,  
Sombra también, Plotino en las *Enéadas*.

Y en *Los conjurados* («La tarde»):

Uno y cada arquetipo. Así Plotino,  
nos enseña en sus libros, que son nueve;  
bien puede ser que nuestra vida breve  
sea un reflejo fugaz de lo divino.

Empédocles —del que otras veces se recuerda su teoría de los cuatro elementos— en «Himno», también de *La cifra*; en un contexto mitológico:

Una lluvia de oro cae del cielo;  
Es el amor de Zeus.  
Salta del mar un pez  
Y un hombre de Agrigento recordará  
haber sido ese pez.

A Demócrito lo menciona por una curiosa anécdota:

Demócrito de Abdera se arrancó los ojos para pensar.  
El tiempo ha sido mi Demócrito.  
(En «Elogio de la sombra»).

Son numerosas las alusiones a la flecha eleática y a la tortuga de Zenón, en prosa y en verso. Como otros problemas metafísicos, quedan ligados a recuerdos personales. Como anota en el prólogo a *El oro de los tigres*: «Mi lector notará en algunas páginas la preocupación filosófica. Fue mía desde niño, cuando mi padre me reveló, con ayuda del tablero del ajedrez (que era, lo recuerdo, de cedro) la carrera de Aquiles y la tortuga».

## La nostalgia del latín y la amistad de Virgilio

En una entrevista realizada cuando cumplía sus ochenta años —1979—, preguntó el entrevistador a Borges por «sus amigos de otros tiempos, de otros siglos»: «Si pudiera elegirlos, a ver, ¿a quiénes elegiría para conversar con ellos?

Borges —«Me gustaría conversar con Bernard Shaw, me gustaría conversar con Conrad. Con Kipling tal vez no, debe haber sido un hombre muy difícil, muy áspero, muy solitario y muy desdichado. Pero si yo hubiera podido conocer al doctor Johnson me hubiera gustado, y me hubiera gustado conversar con Cervantes también. Sospecho que con Quevedo el diálogo hubiera sido muy difícil, debe de haber sido bastante pedante; sería como conversar con Lugones, casi imposible. Y qué lindo, qué mágico sería conversar con Virgilio, salvo que mi latín es muy deficiente, mi latín nunca fue digno de Virgilio»<sup>15</sup>.

Virgilio está citado en casi todos los libros de Borges, pero con mayor frecuencia, significativamente, en los libros de poesía de sus últimos años: 2 veces en *Los conjurados*, 6 veces en *La cifra*, 2 en *Historia de la noche*, 2 en *La moneda de hierro*, 4 en *La rosa profunda*. Está evocado en *Siete noches* como el guía de Dante en los Infiernos y también como el poeta que descubre el Oriente en el tacto de una seda venida de la incógnita China. En el prólogo que Borges escribió para la edición de la *Eneida* en su «Biblioteca personal» (hacia 1986) concluye:

Virgilio. De los poetas de la tierra no hay uno sólo que haya sido escuchado con tanto amor. Más allá de Augusto, de Roma y de aquel imperio que, a través de otras naciones y de otras lenguas, es todavía el Imperio. Virgilio es nuestro amigo. Cuando Dante Alighieri hace de Virgilio su guía y el personaje más constante de la *Comedia*, da perdurable forma estética a lo que sentimos y agradecemos todos los hombres<sup>16</sup>.

En *Elogio de la sombra*, dos poemas vecinos nos ofrecen singulares e íntimos elogios del poeta latino; el único poeta recordado en «Fragmentos de un evangelio apócrifo»:

Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo, porque éstas darán luz a sus días.

<sup>15</sup> En «Una entrevista» (con A. Carrozzi Abascal), al cumplir ochenta años, recogida en Borges, Editora Nacional, Madrid, 1986, págs. 158-159.

<sup>16</sup> Todo el prólogo merece ser leído detenidamente. Reaparece otro verso de la *Eneida* que le gustaba mucho. «Abunda lo heroico; estas palabras dichas por un guerrero: Hijo mío, aprende de mí el valor y la fortaleza genuina; de otros la suerte.»

Y en «Un lector» (que comienza con la conocida proclama: «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído»). Virgilio precede a Snorri Sturlusson, citado algunos versos después. Es hermosa la confesión de Borges:

Mis noches están llenas de Virgilio;  
haber sabido y haber olvidado el latín  
es una posesión, porque el olvido  
es una de las formas de la memoria, su vago sótano,  
la otra cara secreta de la moneda.

Hay una referencia a estos versos en un poema de pocos años después, «Al idioma alemán» (en *El oro de los tigres*, de 1972; *Elogio de la sombra* es de 1969)

Mis noches están llenas de Virgilio,  
Dije una vez; también pude haber dicho  
De Hölderlin y de Angelus Silesius.

(En este bello poema, en el que Borges proclama su profundo y largo aprecio por la lengua y poesía de Alemania, comienza por recordar otros versos: «Mi destino es la lengua castellana, el bronce de Francisco de Quevedo». Contrapone el amor por el alemán con el de sus lenguas familiares: español e inglés, y con el latín, representado en la figura de Virgilio, como si el poeta valiera —como Quevedo o Shakespeare— por toda su literatura).

Pero, como antes apuntábamos, es en *La cifra* (1981) donde encontramos citado más veces a Virgilio, en seis poemas. Y en otros tres repite Borges su «nostalgia del latín». Una de ellas en relación con otros idiomas; otras dos en relación con sus hábitos persistentes. Como si esa nostalgia fuera uno de sus íntimos rasgos, una costumbre enraizada y redescubierta en su vejez. En «La fama» comienza catalogando los rasgos de su personalidad:

Haber visto crecer a Buenos Aires, crecer y declinar.  
Recordar el patio de tierra y la parra, el zaguán y el aljibe.  
Haber heredado el inglés, haber interrogado el sajón.  
Profesar el amor del alemán y la nostalgia del latín...

En «Aquél» destaca entre los trazos de «la biografía de un poeta menor del hemisferio austral»:

... el hábito de urdir endecasílabos  
y el viejo amor de las enciclopedias  
y de los finos mapas caligráficos  
y del tenue marfil y una incurable  
nostalgia del latín...

En «Dos formas de insomnio» (que está en prosa) concluye:

(El insomnio) ... es no ignorar que estoy condenado a mi carne, a mi detestada voz, a mi nombre, a una rutina de recuerdos, al castellano, que no sé manejar, a la nostal-